

SANTIAGO MUÑOZ MACHADO

CERVANTES

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2022

Cervantes
Santiago Muñoz Machado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Santiago Muñoz Machado, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-399-5
Depósito legal: B. 3.891-2022
2022. Impreso y encuadernado en España por Egedsa



I

UNA VIDA AZAROSA Y NOVELESCA

I. LENTA Y COMPLEJA RECONSTRUCCIÓN DE LA BIOGRAFÍA DE CERVANTES

Algunas circunstancias personales de Cervantes y su mala fortuna para encontrar apoyos estables en los mecenas y hombres de pluma del siglo xvii, sumadas a que estos aceptaron solo a regañadientes el triunfo de una obra sin parangón, pueden explicar que, a la muerte del genio complutense, no hubiera quien se ocupara de escribir la historia de su vida. Bastaba con poder disfrutar de su asombroso ingenio. El éxito de una obra literaria prodigiosa como el *Quijote* hizo posible que las generaciones siguientes a la de Cervantes, durante todo el siglo xvii y buena parte del xviii, olvidaran a su autor. Los lectores se divertían mucho leyendo el libro, pero no necesitaban profundizar en la vida del escritor. Las biografías empezaron a considerarse imprescindibles cuando se cayó en la cuenta de que la patria de un genio de tal calibre estaba siendo injusta y desconsiderada al no propiciar las investigaciones y publicaciones que permitieran conocerlo por completo.

Estas investigaciones no se pusieron en marcha hasta bien entrado el siglo xviii y fue la Real Academia Española la impulsora principal. Antes, en la década de 1730, España tuvo que encajar la lección que le dio Inglaterra al adelantarse en el encargo de ese estudio biográfico imprescindible: una obra genial solo podía haberla escrito un autor de una envergadura intelectual inconmensurable. Y se pusieron a celebrarlo preparando la mejor edición del *Quijote* hecha hasta entonces, que iría precedida de una biografía de Miguel de Cervantes. El impulsor principal del proyecto inglés fue un erudito aristócrata, lord Carteret, que encargó la biografía al

humanista valenciano Gregorio Mayans. Al menos hubo esta contribución española porque nuestros intelectuales, en lugar de ensalzar los valores literarios del *Quijote* y la inteligencia y destreza de quien lo escribió, estaban entretenidos en editar el *Segundo tomo* de Avellaneda, elogiando su calidad, que consideraron superior a la primera parte auténtica. Se publicó de nuevo en 1732. Esta fue la aportación de dos ilustres académicos, Blas Nasarre y Agustín de Montiano, que, aunque reunieron muchos méritos en sus apretados currículums, merecen pasar a la historia por esta ocurrencia. Naturalmente, una de las alegaciones más vehementes que pueden encontrarse en la primera biografía, la de Mayans, fue la dedicada a poner las cosas en su sitio, evaluar a fondo el apócrifo y criticar a los dos sabios que lo reeditaron. El trabajo de Mayans, al frente de la gran edición del *Quijote* propiciada por Carteret, se publicó en 1738 y hemos de tratar de él más adelante.

Siguieron, a partir de la citada, las biografías fundacionales de Vicente de los Ríos (1780) y Juan Antonio Pellicer (1797), a finales del siglo XVIII, y de Martín Fernández Navarrete (1819), a principios del XIX, que recogen los hitos fundamentales de la vida de Cervantes; principalmente la de Navarrete, que aprovecha las aportaciones de sus predecesores y se apoya en una documentación más extensa. Será la base de las demás biografías que se escribirán a lo largo del siglo XIX.

Todos estos estudios están basados en la autobiografía escrita por el propio Cervantes. El inteligente escritor, sea por el gusto de dejar la traza de los episodios más memorables de su vida, sea porque barruntaba que nadie se encargaría de darla a la imprenta, plasmó en sus obras mucha información sobre sí mismo. No es completa, desde luego, y se centra, sobre todo, en su obra literaria, pero aparecen dispersos pasajes que han tenido en cuenta todos los investigadores. Que Cervantes trató de asegurar su propia inmortalidad, desconfiado como estaba de que se ocupara nadie de contar su vida después de muerto, dejando muchas pistas de su paso por la tierra, ya lo había observado Antonio de Capmany y de Montpalau¹ a finales del siglo XVIII. En su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* comenta lo siguiente:

... sabemos que ningún medio omitió Cervantes de cuantos podían prometerle una inmortal celebridad: supo hacerse justicia a sí mismo, ya que el público se la negaba, para que sus admiradores en los tiempos venideros no titubeasen sobre el valor que debían dar a su trabaxo. A la verdad, que si no trabaxó mucho para sus adelantamientos y bienes de fortuna, no por eso se

olvidó, a imitación de casi todos los escritores de su tiempo, de pasar a la memoria de los siglos futuros las noticias más halagüeñas a su amor propio, de sus méritos y servicios. En los prólogos, en las dedicatorias, en las introducciones de sus libros, en sus composiciones alegóricas, en prosa, en verso, no perdió coyuntura jamás de hablar de sus tareas, viages, servicios, destinos, desgracias, protectores, amigos y enemigos. Y aun Cervantes, a pesar de su modestia, parece pretendió exceder a todos, pues, como si temiera de quedar desconocido entre las gentes venideras, describe sus enfermedades, sus facciones, y hasta sus imperfecciones corporales, aun aquellas que no podía expresar la pintura, pues, a la manquedad de su mano izquierda de que se honraba dignamente, añadió el defecto de su habla tartamuda.

Las biografías de Cervantes han incluido siempre esos imprescindibles datos autobiográficos que fueron, además, los únicos que durante más de un siglo permitieron conocer algunos pasajes de su vida. La selección de los mismos es delicada porque, claro está, toda la obra de Cervantes trasluce experiencias propias y muchas narraciones están inspiradas en sucesos en los que participó o le afectaron personalmente. Es difícil separar los hechos reales de la imaginación o creación añadida a su exposición novelesca. Esto es común en las obras literarias de cualquier época y lugar. Es usual que las vivencias sean una fuente de inspiración, pero también que la realidad quede transformada al combinarla con la imaginación del escritor en un producto final en el que lo real y lo ficticio son difíciles de disociar.

Para aproximarme a la autobiografía cervantina del modo más seguro, solo tomaré de su obra los elementos que claramente no son ficcionales, es decir, los que están en las dedicatorias y prólogos o cuando el narrador es Cervantes, y no un personaje de ficción, y se refiere con claridad a su historia personal. Por ejemplo, cuando, actuando como narrador, dice en el capítulo IX de la primera parte del *Quijote*: «yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos en las calles». Pero no cuando construye párrafos, poemas o desarrolla relatos que, evidentemente, conciernen a situaciones vividas por él, pero que ha transformado de manera literaria.

Algunos ejemplos me ayudarán a delimitar el espacio que considero propiamente autobiográfico en las obras del alcaláino:

No son bien conocidos los pormenores de la larga estancia de Cervantes en Italia (entre 1569 y 1575), primero como camarero del cardenal Acquaviva y después como soldado enrolado en la Armada que luchó en Lepanto y otros escenarios, pero no podemos dar por bueno que los rela-

tos de ciudades italianas que aparecen en sus novelas, entremeses y comedias deban utilizarse para completar la información. Cervantes recordó su estancia en Italia en algunos de sus escritos. Sitúa en Florencia la acción de *El curioso impertinente*; localiza en Bolonia *La señora Cornelia*; *El amante liberal* es natural de Trapani; en *La fuerza de la sangre* envía al héroe a Nápoles. Por diferentes ciudades italianas pasea el licenciado Vidriera, Tomás Rodaja, que subraya la «admirable belleza de Génova», o la excelencia de Florencia «por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles». Pero lo que destaca sobre todo, por la intensidad de las descripciones del licenciado, es Nápoles. El capitán que pondera en *El licenciado Vidriera* los encantos de la vida familiar «pintole muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles». Está descrito el espectáculo de Roma y sus palacios, plazas, estatuas, y la admiración de Rodaja sobre todo ello. Pero sin duda la capital italiana que más le fascina es Nápoles. A ella dedica un recuerdo melancólico en el *Viaje del Parnaso*.

Otro ejemplo: en *El trato de Argel* hay unos versos que describen la desolación por ser llevado prisionero a Argel:

Cuando llegué cautivo y vi esta tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra
no pude al llanto detener el freno...

El largo cautiverio de cinco años lo utilizó Cervantes como materia literaria en diferentes obras. Muy principalmente en *El trato de Argel*, *La gran sultana* y *Los baños de Argel*, pero sobre todo en el relato del *Cautivo* incluido en la primera parte del *Quijote*. Aquí se utiliza una descripción en primera persona que nadie ha dudado que sea autobiográfica («Yo estaba encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos...»), pero que está enmarcada en un relato novelesco y hay que leer con precaución. Me separo, al usar este método para manejar los materiales que integran la biografía, de la tendencia muy extendida de ilustrar pasajes de la vida de Cervantes, de tomar párrafos o expresiones puestos en boca de personajes de cualquier obra suya que venga a cuento, y darles el tratamiento de hechos o circunstancias que el alcaláino debió vivir en primera persona. Es decir, subrogando a Cervantes en las posiciones del personaje de ficción, sin más explicaciones.²

La base de la autobiografía hay que buscarla, de ordinario, en los prólogos y dedicatorias de sus obras y, más raramente, en la parte ficcionada de estas. La excepción mayor a esta regla es el *Viaje del Parnaso*, con su *Adjunta*, que incluyen información inequívoca sobre su persona y obra.

También han de tenerse en cuenta escritos preparados con finalidades burocráticas que siempre recogen informaciones de testigos o descripciones de hechos, normalmente con finalidades probatorias en algún expediente, administrativo o judicial. Es un ejemplo perfecto de lo que digo la *Información de Argel* de 1580.

2. FRAGMENTOS DE UNA AUTOBIOGRAFÍA

Dejó Cervantes muy pocos datos autobiográficos sobre el lugar y fecha de su nacimiento y sobre su familia.

Casi al final del último capítulo del *Quijote* puede leerse una advertencia que podría aplicarse a su autor:

Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Esto fue lo que ocurrió realmente con Cervantes, pero no creo en su clarividencia ni en una programación de los efectos *post mortem* de la falta de información, sino, por esta vez, en la simple casualidad. Quiso el inmortal escritor mantener la oscuridad sobre el inicio de su vida, primeros años y entorno familiar, de modo que la averiguación de estos extremos fue consecuencia de muy empeñadas investigaciones en los archivos que expondré después.

Respecto al año de su nacimiento, hay una adivinanza, formulada con términos de jugador de cartas (a las que tuvo mucha afición el alcaíno, como prueban la referencias abundantes y el dominio del vocabulario del juego en sus obras)³ en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, publicadas en 1613, dice: «Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano».

Tenía por entonces sesenta y cuatro años largos. Nacido en septiembre de 1547 (y muerto en abril de 1616), lo que supone que el prólogo lo escribe probablemente en la primera mitad de 1612. La manera de indicar

la edad, gana a 55 por 9 más la mano, viene del juego de cartas llamado «primera». A la suma hay que añadir que gana por la mano, es decir, se adelanta.

Por lo que expone en el prólogo a la edición, en 1615, de *Ocho comedias y ocho entremeses*,⁴ tuvo oportunidad de conocer a Lope de Rueda representando sus pasos o entremeses. El prólogo de aquella edición está construido a partir de un coloquio de Cervantes con algunos amigos acerca de quién había sido en España la persona que había desarrollado y encumbrado la comedia. Cervantes declara que de niño había visto «representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento».

Informa a sus amigos de que «fue natural de Sevilla y de oficio batihoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro; fue admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja». No le quedaron muchas cosas en la memoria de aquella representación que presenció de niño y, dada la edad que tenía entonces, no podía hacer valoración de lo que había visto. Pero sí asegura que

en el tiempo de este célebre español, todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado, y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados, poco más o menos. Las comedias eran unos coloquios, como églogas, entre dos o tres pastores y alguna pastora. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos o tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo y ya de vizcaíno... No había en aquel tiempo tramoyas ni desafíos de moros y cristianos, ni a pie ni a caballo; no había figura que saliese o pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, al cual componían cuatro bancos en cuadro y cuatro o seis tablas encima, con lo que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles o con almas...⁵

Aprende de niño en la escuela de López de Hoyos. Permanece solo unos cuantos meses y no ha sido concretado si como alumno o, dado que Cervantes ya pasaba de los veinte años y su edad desentonaría con la de los demás estudiantes, más jóvenes, tal vez como colaborador del maestro. El dato autobiográfico que se levanta de esta relación es el que resulta de los poemas (un soneto-epitafio, una copla castellana, cuatro redondillas y una elegía dedicada al cardenal Espinosa) que compone Miguel por encargo de López de Hoyos, para honrar a la reina Isabel de Valois con ocasión de su fallecimiento, en 1568, a los veintitrés años, como consecuencia de un parto.⁶ López de Hoyos los presenta como escritos por su «amado discípulo».

De pronto desaparece de Madrid y se le vuelve a situar hacia finales de 1569 en Roma, al servicio del cardenal Acquaviva. Lo cuenta él mismo en la dedicatoria de *La Galatea* a Ascanio Colonna, con quien está emparentada la familia Acquaviva. En la dedicatoria se encuentra también la primera referencia a que el soldado Cervantes sirvió con las armadas cristianas que se enfrentaron al turco en Lepanto. La estancia con Acquaviva fue brevísima. El aspirante a camarero necesitó para emplearse en firme una acreditación de que no era hijo bastardo, ni entre sus ascendientes había moros, judíos, conversos o reconciliados por el Santo Oficio, es decir, una prueba de limpieza de sangre. Su padre, Rodrigo Cervantes, certifica ante el teniente corregidor de Madrid estas circunstancias. Las ratifican tres testigos, uno de los cuales es Alonso Getino de Guzmán, antiguo cómico amigo de la familia.

El cargo pudo ocuparlo formalmente en febrero de 1570, que es cuando se expide la certificación solicitada. Aunque en los registros de los soldados de Felipe II no aparece hasta 1572.

La *Información* de 1569 aporta los primeros datos administrativos sobre la familia Cervantes. Por esta misma vía burocrática podrán reunirse noticias sobre Cervantes en tres *Informaciones* más: la de 1578, también impulsada por el padre; la de 1580, hecha en Argel, y la de 1590, que es la más amplia, al incluir las demás, que prepara Cervantes para documentar su idoneidad para ocupar un cargo en el Nuevo Mundo.

Del período siguiente a 1570 hay mucha información sobre el escritor, pero pocos detalles proceden de sus escritos. Su seguimiento se puede hacer por documentos oficiales relativos a las acciones militares en que participa.

Entre 1575 y 1580 es cautivo en Argel. Las notas sobre su vida más importantes de este período son las que figuran en la *Información* de 1580 y, de un modo más directo y personal, en la *Epístola* que dirige a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II (al que algunos dicen que conoció estudiando en los jesuitas de Sevilla —aunque no hay ninguna seguridad de que el escritor fuera alumno de ese colegio—, otros a través de su hermana Andrea, que tuvo una relación sentimental, y una hija, Constanza, con Nicolás de Ovando, con quien tenía trato Mateo Vázquez. La conexión entre el futuro secretario real y el inmortal escritor pudo tener lugar hacia 1565. También pudo servir de conexión el cardenal Espinosa, a quien sirvió Vázquez y Cervantes dedicó una elegía con ocasión de las honras fúnebres por Isabel de Valois).

La autenticidad de esta carta se ha puesto en entredicho, sobre todo porque contiene fragmentos literales de obras que Cervantes escribió mu-

chos años después. También ha sido objeto de polémica por no corresponderse con el canon de las epístolas poéticas españolas del Siglo de Oro.⁷

Ninguna de las objeciones a su autenticidad ha prosperado definitivamente y hoy no se comparte la idea de que se trate de una más de las muchas falsificaciones documentales que rodean la historia de la vida del escritor.

La epístola es un alegato a favor de la invasión de Argel, y contiene información autobiográfica del mayor interés. No la transcribiré entera, pero algunos pasajes ilustran suficiente de su tono general:

Si bajo el son de la zampoña mía,
señor, a vuestro oído no ha llegado
en tiempo que sonar mejor debía,
no ha sido por la falta de cuidado,
sino por sobra del que me ha traído
por extraños caminos desviado...

Después de unas extensas menciones laudatorias a la vida y méritos de Mateo Vázquez, cuenta su desgraciada situación de cautivo:

Vida es esta, señor, do estoy muriendo
entre bárbara gente descreída,
la mal lograda juventud perdiendo.
No fue la causa aquí de mi venida
andar vagando por el mundo acaso,
con la vergüenza y la razón perdida:
diez años ha que tiendo y mudo el paso
en servicio del gran Filipo nuestro,
ya con descanso, ya cansado y laso;
y en el dicho día que siniestro
tanto fue el hado a la enemiga armada
cuanto a la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho
más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
y la bárbara gente y de cristiana
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.

Sigue describiendo la batalla de Lepanto en la que participó bajo el mando general de don Juan de Austria.

Y continua la narración de la captura;

En la galera Sol, que escurecía
mi ventura su luz, a pesar mío,
fue la pérdida de otros y la mía.

Y concluye con la súplica de ayuda:

Del amarga prisión, triste y oscura,
adonde mueren veinte mil cristianos
tienes la llave de su cerradura.
Todos, cual yo, de allá, puestas las manos,
las rodillas por tierra, sollozando,
cercados de tormentos inhumanos,
valeroso señor, te están rogando
vuelvas los ojos de misericordia
a los suyos, que están siempre llorando.
Y pues te deja ahora la discordia
que hasta aquí se ha oprimido y fatigado,
y gozas de pacífica concordia,
haz, ¡o buen rey!, que sea por ti acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fue por tu amado padre comenzado.
Sólo el pensar que vas pondrá un espanto
en la enemiga gente, que adevino
ya desde aquí su pérdida y quebranto.
¿Quién duda que el real hecho benigno
no se muestre, escuchando la tristeza
en que están esos míseros contino?
Bien parece que muestro la flaqueza
De mi tan torpe ingenio que pretende
Hablar tan bajo ante tan alta alteza,
Pero el justo deseo la defiende.
Mas a todo silencio poner quiero,
que temo que mi pluma ya os ofende
y al trabajo me llaman donde muero.⁸

Cuando Cervantes regresa a España en 1580, portando una documentación muy elogiosa sobre su comportamiento, como soldado y durante su cautiverio, su intención primera es trabajar para la monarquía, que espera que le ofrezca algún puesto importante. El rey está en Portugal entonces, y allí se encamina el escritor. No se sabe nada de las conversaciones con el entorno del monarca, que le encomienda una misión diplomática en Orán, cuyo contenido se ignora, pero que es poco duradera. La falta de respuesta respecto de un empleo estable lleva al escritor, que debía estar empeñado entonces en los últimos retoques de *La Galatea*, a solicitar un puesto en la Administración americana.

El 17 de febrero de 1582, Cervantes se encuentra en Madrid y desde allí dirige una carta a Antonio de Eraso,⁹ miembro del Consejo de Indias, en Lisboa. Se encontró en el siglo xx en el Archivo de Simancas, y dice:

Ilustre señor:

El secretario Balmaseda ha mostrado conmigo lo que yo, de la que vuestra Merced me había de hacer, esperaba; pero ni su solicitud ni mi diligencia pueden contrastar a mi poca dicha: la que he tenido en mi negocio es que el oficio que pedía no se provee por Su Majestad; y así, es forzoso que aguarde a la carabela de aviso, por ver si trae alguno de alguna vacante: que todas las que acá había están todas proveídas, según me ha dicho el señor Balmaseda, que con muchas velas que ha deseado saber algo que yo pudiese pedir. Deste buen deseo suplico a vuestra Merced dé el agradecimiento, en las suyas, que merece, solo porque entienda que no soy yo desagradecido.

No obtuvo ninguna respuesta positiva, por lo que tuvo que seguir empeñado en el trabajo literario, que no consistía entonces en continuar con su afición a la poesía y terminar *La Galatea*, sino que comprendía una amplia actividad de escritor teatral que lo lleva a representar más de veinte obras de éxito. Su actividad en este aspecto la explica él mismo en el prólogo a la edición de sus comedias y entremeses.¹⁰ Por cierto que en esta ocasión añade Cervantes el patronímico Saavedra, probablemente de ascendencia gallega. Tenía casi cuarenta años Miguel de Cervantes cuando añadió Saavedra a su primer apellido. Es con ocasión de la dote de Miguel de Cervantes a favor de doña Catalina de Salazar, que firma en Esquivias, cuando se incorpora el apellido por primera vez: «Sepan cuantos esta carta de dote y arras vieren cómo yo, Miguel de Cervantes Saavedra, vecino del lugar de Esquivias, jurisdicción de Toledo, digo...». Se repite la mención en otras partes del mismo documento.¹¹

Recuerda que los teatros de Madrid representaron sus obras *Los tratos de Argel*, *La destrucción de Numancia* y *La batalla naval*. De las dos primeras han llegado versiones completas hasta la actualidad. De *La batalla naval* solo hay una mención en la *Adjunta al Parnaso*. Cervantes presume de sus inventos: reducción de las comedias a tres jornadas, de cinco que tenían: «Fui el primero en representar las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes». Dice que en ese tiempo compuso hasta «veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritos ni barahúndas».

Dicho lo cual, menciona el largo paréntesis al que sometió esta afición: «Tuve otras cosas de que ocuparme, dejé la pluma y las comedias». Fue el tiempo en que, desde 1587 y durante casi ocho años, ejerció en Andalucía de comisario real de bastimentos, sobre todo para la Invencible. Cuando quiso regresar al teatro, la competencia era demasiado fuerte y la moda le había vuelto la cara, como sigue confesando el prólogo:

... entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzose con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas —que es una de las mayores cosas que puede decirse— las ha visto representar o oído decir, por lo menos, que se han representado. Y si algunos —que hay muchos— han querido entrar a la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito a la mitad de lo que él solo.

Le hubiera gustado volver, porque su pasión por el teatro, que declara en muchas obras, le empujaba, pero ya no encontraba hueco en el que situarse:

Algunos años ha que volví yo a mi antigua ociosidad y, pensando que aún duraban los siglos donde corrían mis alabanzas, volví a componer algunas comedias, pero no hallé pájaros en los nidos de antaño; quiero decir que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabían que las tenía; y, así, las arrinconé en un cofre y las consagré y condené al perpetuo silencio.

Un buen día un librero le ofreció comprárselas, lo que a Cervantes le pareció excepcional dada la situación. En todo caso, «aburrime y ven-

díselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa como aquí te las ofrece». ¹²

El profundo amor que sintió Cervantes por el género teatral se prueba al considerar la frecuencia con que en sus obras aparecen alusiones al teatro. En *El licenciado Vidriera*, *El coloquio de los perros*, *el Persiles*, *La entretenida* o *Los baños de Argel*.

En su *Adjunta al Parnaso*, cuando Cervantes se hace interrogar por Pancracio sobre si ha compuesto alguna comedia, amplía el número de títulos que había relacionado en el prólogo de la edición de las *Comedias*. Contesta:

Sí —dije yo—, muchas; y, a no ser más, me parecieran dignas de alabanza como lo fueron *Los tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran turquesa*, *La batalla naval*, *La Jerusalén*, *La Amaranta* o la del mayo, *El bosque amoroso*, *La única* y *La bizarra Arsinda*, y otras muchas que no me acuerdo. Mas la que yo más estimo y de la que más me precio fue y es una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. ¹³

La Confusa fue compuesta en 1585. Se sabe por el contrato que firmó Cervantes ese año con Gaspar de Porres, comprometiéndose a escribir esa obra y alguna más. La retribución por las comedias era muy escasa, y por eso mismo Cervantes abandona la literatura y se dedica a actividades funcionariales durante quince años en los que él mismo dice «tuve otras cosas en que ocuparme».

No obstante, en 1592 firmó un contrato con el autor Rodrigo Osorio, obligándose a componer seis comedias. El contrato estaba sometido a una condición bastante peculiar, de modo que no había obligación de pagar si la comedia fracasaba («Paresciere que no es una de las mejores que se han representado en España, no seáis obligado a me pagar por la tal comedia cosa alguna»). No hay noticia de que llegara a cumplirse ese contrato.

Las «otras cosas» de que se ocupa Cervantes a partir de 1587 son las propias del empleo de comisario de bastimentos que empieza a ejercer en septiembre de ese año. Felipe II había decidido invadir Inglaterra después de la ejecución, en 1587, de María Estuardo, y la preparación de la gran expedición naval necesitaba una gran provisión de granos y aceite. Nombró proveedor general al consejero Antonio de Guevara (a su muerte, a la

que debió contribuir la dureza de la tarea, le sustituyó Pedro de Isunza). Su sede estaría en Sevilla y se valdría de comisarios responsables de diversas zonas o localidades. El trabajo era penoso porque implicaba requisar a los agricultores, pobres o ricos, cereales y aceite, sin perjuicio de que pudieran invocar necesitarlos para su propio mantenimiento. Requisaban el producto a precios baratos, que se abonarían aplazadamente. Cervantes recorre Andalucía. Se establece en Écija y viaja durante meses por las zonas más fértiles de las campiñas cordobesa y sevillana. Tiene confrontaciones con las órdenes religiosas y con los agricultores ricos, que lo denuncian por supuestas irregularidades. Las resistencias y denuncias son constantes en los años en que atiende su misión. De esta época se conservan algunos manuscritos del escritor, que también contribuyen fragmentariamente a su autobiografía. El más reciente de los descubiertos estaba en el Archivo General de Simancas y lo dio a conocer Ascensión de la Plaza; es una importante carta que responde puntual y pormenorizadamente a la acusación de venta ilegal de trigo formulada por el corregidor de Écija que había determinado el encarcelamiento del escritor, que será breve, en Castro del Río. Las cuentas que ofrece el acusado son claras e Isunza interviene en su ayuda. Cervantes ya había tenido que defenderse de las acusaciones acumuladas en un anterior proceso, al que tuvo que hacer frente en Sevilla en 1589. Termina por desistimiento de los denunciantes, que reconocen al final que Cervantes actuó «del mejor modo y con diligencia».

El cansancio y los disgustos de la ingrata tarea que lo ha llevado a tierras andaluzas le hacen intentar de nuevo buscar un empleo en el Nuevo Mundo. Esta vez prepara un gran expediente, en el que acumula todos los *Informes* positivos que ha podido preparar con ocasión de anteriores aventuras y presenta un gran memorial al presidente del Consejo de Indias, en el que ofrece un resumen de su biografía al servicio de la Monarquía. La solicitud que lo encabeza dice:

SEÑOR:

Miguel de Cervantes Saavedra dice que ha servido a Vuestra Merced muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años a esta parte, particularmente en la Batalla Naval donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzaco y al año siguiente fue a Navarino y después a la de Túnez y a la Goleta, y viniendo a esta Corte con cartas de don Juan y del duque de Sessa para que Vuestra Majestad le hiciese merced, fue cautivo en la galera del Sol, él y un hermano

suyo que también ha servido a Vuestra Majestad en las mismas jornadas que fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos hermanas doncellas que tenía, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos, y después de libertados fueron a servir a Vuestra Majestad en el reino de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz, y ahora al presente están sirviendo y sirven a Vuestra Majestad el uno de ellos en Flandes de alférez y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del alcalde de Montagán y fue a Orán por orden de Vuestra Majestad y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la armada por orden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene, y todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna. Pide y suplica humildemente cuanto puede a Vuestra Majestad sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o corregidor de la ciudad de La Paz, que con cualquiera de estos oficios que Vuestra Majestad le haga merced la recibirá porque es hombre hábil y suficiente y benemérito para que Vuestra Majestad le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de Vuestra Majestad y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

A 21 de mayo de 1590

Al Presidente del Consejo de Indias

La respuesta del Consejo fue fría y negativa: «busque por acá en qué se le haga merced». Probablemente Cervantes esperaba tener éxito con su petición para que se le concediera un empleo público en América, que creyó merecer. En algunas de sus obras se nota la amargura del inesperado fracaso. Por ejemplo, en *El celoso extremeño* dice Carrizales que las Indias «son refugio y amparo de los desesperados en España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quienes llaman ciertos los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos».

Tuvo que mantener el empleo de comisario de abastecimientos en Sevilla, mientras duró. En 1594 ya estaba vacante cuando le llegó un interesante encargo de Agustín de Cetina, consistente en recaudar en Granada dos millones y medio de maravedís de impuestos. Cervantes acepta,

desde luego, porque se trata de un suculento empleo del que obtendrá una retribución diaria de quinientos maravedís, que se le autoriza a cobrar directamente de lo recaudado. Comenzó bien la experiencia pero, vuelto a Sevilla, después de cuatro meses de trabajo, decide depositar el dinero, con sus retribuciones incluidas, en casa del negociante-banquero Simón Freire. El escritor viaja a Madrid a rendir cuentas y, cuando busca a Freire de nuevo, se entera de que está en quiebra y con todos sus bienes embargados, y decide volver precipitadamente a Sevilla. Para obtener la comisión como recaudador, Cervantes necesitó un fiador. Suárez Gascó se prestó a serlo, pero cuando se enteró de la quiebra del banquero temió que se le exigiera a él pagar las cantidades debidas. Solicitó al juez de Sevilla Gaspar Vallejo el 6 de septiembre de 1589 que ordenase ejecutivamente una comparecencia del escritor en Madrid. El juez Vallejo, por lo pronto, reclamó a Cervantes no lo que debía entonces, que era ochenta mil maravedís, sino toda la suma que se le encargó recaudar, dos millones y medio de maravedís, cantidad que ya había sido entregada al Estado en su mayor parte. Como nadie, empezando por el escritor, estaba en disposición de avalar esa suma, el juez Vallejo decidió enviarlo a la cárcel.

La estancia de Cervantes en la cárcel de Sevilla ha dado lugar a estudios muy interesantes,¹⁴ pero desde un punto de vista autobiográfico que ahora sigo, destaco dos: escribe, nada más ser encarcelado, a Felipe II para denunciar la situación arbitraria en la que se encuentra y la desmedida decisión del juez. La carta se ha perdido, pero se conserva la respuesta del rey, de 1 de diciembre de 1587, en la que ordena al juez dejarlo en libertad, a fin de que pueda presentarse en Madrid, en el plazo de treinta días. El juez Vallejo, que debía ser un dechado de arbitrariedad, se las arregla para alargar la estancia, invocando el conocimiento de nuevos datos, y retiene al detenido hasta abril.

El segundo dato autobiográfico concerniente al encarcelamiento está en el prólogo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, donde dice:

Y, así, ¿qué podría engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, *bien como quien se engendró en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?*¹⁵

El cumplimiento de sus burocráticos oficios no determinó que Cervantes abandonara sus trabajos literarios. Cuando dijo en el prólogo a la

edición de *Ocho comedias y ocho entremeses* que durante años se había dedicado a «otras cosas» se refería al abandono de la farándula y, en especial, a su importante vocación de escritor de comedias, pero no a la literatura en general. Se acaba de mencionar un gran ejemplo: estaba pensando en el *Quijote* en aquellos años tan duros para él. Pero también componía poesía, la más antigua y estable de sus aficiones creativas.¹⁶ Tanto es así que, en pleno período de recaudador, compitió en unas justas poéticas organizadas en 1595 por los jesuitas en Zaragoza para celebrar la canonización de san Jacinto, apóstol de Polonia. Participó y ganó.

Tanto su sentido del humor como su persistente amor a la poesía se hacen presentes en un soneto que compuso con motivo de la invasión y saqueo de Cádiz por los ingleses bajo el mando del conde de Essex, que asaltaron la plaza el 1 de julio de 1596. El destrozo fue grande, pero mucho mayor fue el escándalo por el desamparo de la ciudad a pesar de ser un puerto estratégico en el tráfico con América. Se destrozaron muchas viviendas y naves surtas en el puerto. Muchas iglesias, conventos y hospitales fueron saqueados. La alarma hizo que en Andalucía se adiestraran reclutas y se tomasen medidas de prevención.

En Sevilla se levantó un cuerpo de veinticuatro compañías para cuyo mando se nombró a varios caballeros. Las fuerzas se adiestraban en el manejo de las armas los días festivos, en el campo de la Tablada, bajo las órdenes de un capitán llamado Becerra, que debió hacer mucho ruido y alardes, y hacerse famoso por su fanfarronería.¹⁷ El hecho es que cuando el duque de Medina Sidonia volvió a Cádiz, el de Essex estaba de vuelta para Londres. A esta situación desgraciada y jocosa dedicó un soneto burlesco Cervantes, que dice:

Vimos en junio otra Semana Santa.
 Atestada de ciertas cofradías,
 Que los soldados llaman compañías,
 De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta:
 Hubo de plumas muchedumbre tanta,
 Que en menos de catorce o quince días
 Volaron sus pigmeos y Golías,
 Y cayó su edificio por la planta:
 Bramó el becerro, y púsolos en sarta:
 Tronó la tierra, oscurecióse el cielo,
 amenazando una total ruina;

Y al cabo en Cádiz, con medida harta,
ido ya el conde sin ningún rezelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.¹⁸

Otra muestra más importante de la estabilidad de la vocación de poeta del insigne alcalaíno es su soneto al túmulo que se levantó en Sevilla en 1598 para honrar a Felipe II con ocasión de su muerte. Uno de los primeros sonetos con estrambote escritos en el Siglo de Oro; el más conocido de los sonetos cervantinos, y el más querido por él mismo, que lo consideraba «la honra principal de mis escritos».

A partir de 1600, se pierde el rastro del escritor en Sevilla y reaparece en Valladolid, donde ha establecido la corte Felipe III. En 1604, otro juez injusto lo involucra, tanto a él como a sus hermanas e hija, en el proceso por la muerte de Ezpeleta, un noble de poca monta, pendenciero y burlador, herido gravemente en la puerta de la casa de los Cervantes. Es un momento importantísimo en la biografía del escritor, pero su descripción ha podido hacerse gracias al expediente judicial y no puedo imputarlo a documentos autobiográficos.

La publicación de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* en 1605 cambia la vida de Cervantes, no solo porque supone su triunfo como narrador sino por las reacciones negativas que provoca. Tanto por lo que dice en el prólogo, como por su insolencia al prescindir de los poemas de presentación y ensalzamiento a cargo de escritores amigos y, en alguna medida, por su crítica a la decadencia del arte de hacer comedias, genera el disgusto de algunos literatos de moda, como Lope de Vega. A muchos escritores consagrados se les tuvo que hacer insoportable que un individuo como Cervantes, poco valorado y casi sin obra publicada, se situara de un solo salto en lo más alto del Parnaso, después de un largo período de tiempo de varios lustros en los que no parecía que mantuviera ilusión por la literatura.

Una de las consecuencias de las enemistades y envidias que *El ingenioso hidalgo...* generó fue el *Segundo tomo* escrito por «Alonso Fernández de Avellaneda». La reacción de Cervantes, a la que me referiré después, contiene valiosísimas notas para su autobiografía.

En este período de tiempo de silencio es seguro que Cervantes trabajó en relatos cortos o novelas. Incluyó dos en la primera parte del Quijote, *El curioso impertinente* y la novela del *Cautivo*, que formaban parte de un conjunto que, pocos años después, publicaría con el título de *Novelas ejemplares*.¹⁹